



El hilo invisible: volcanes latentes

(*Phantom Thread*, Paul Thomas Anderson, 2017)

La política y sociedad marcan tanto, de manera realmente innecesaria, la conversación cinematográfica en medios y entre la audiencia que en la presente temporada de premios cinematográficos estadounidense ha ocurrido algo realmente anómalo y triste: que se olvide o no se tenga necesariamente en cuenta que uno de los mejores realizadores de nuestro tiempo ha estrenado nueva película. El californiano Paul Thomas Anderson finaliza una nueva película cada varios años, pero las pocas películas que nos ha brindado en las últimas dos décadas son, con una excepción (esa alucinógena y críptica *Puro vicio*), realmente excepcionales. Obras cinematográficamente maduras y ricas, pero también películas exigentes y complicadas, perversas, que dejan fuera a mucha gente. Y pese al reconocimiento crítica, su *Hilo invisible* es una obra en cierto modo radical. Una película formalmente depurada cuyo clasicismo visual esconde un relato de maneras nada académicas. Una historia de amor gótica cubierta de cine británico, puesta en escena de prestigio para un sobrio retrato del proceder de un meticuloso modisto que pone el énfasis en un amorío Hitchcockiano de personalidades salvajes, irreprimibles. Una narración páfida y recargada, de formas sobrios pero empleo juguetón de las mismas. Experimento, en suma, de difícil lectura.

Una obra que funciona a dos niveles separados que se interconectan de manera constante: por un lado, la actitud perfeccionista y obsesiva de un diseñador que emprende su actividad profesional con la exigencia de un creador, que considera

su oficio una trascendente actividad artística por encima del resto de las cosas, aislándole así de todo lo demás; y por otro la batalla callada y psicológica que mantiene con Alma por la dominación emocional del uno sobre el otro. Una

historia de amor refinada en sus protocolarias manifestaciones externas, pero salvaje en el interior. Y es en la dialéctica de estos dos niveles, complementarios pese a su oposición tonal, dónde radica la fuerza del filme, y dónde voy a centrar el análisis de este artículo. Análisis, no en vano, parcial, pues diseccionar esta película en su totalidad es una tarea ardua que precisará del paso del tiempo.



Dando puntadas con hilo

Reynolds Woodcock es un hombre aislado en su propia fortaleza. Un niño grande al que la vida le permite jugar con sus juguetes favoritos y disponer para ello de los recursos humanos que precise con la tiranía que estime necesaria.

Gracias a la organización minuciosa de su cerebral y despiadada hermana Cyril, interpretada como los ángeles por Lesley Manville, él puede sumergirse en horas y horas de tomar medidas y probar telas en modelos mientras ella mantiene el voyante rumbo económico de la empresa. Y con esa minuciosidad con la que diseña cada traje se relaciona con las personas, marca los férreos límites y condiciones de su rutina y, desde el preciso momento en que la conoce, estudia a Alma (una silenciosa e inquietante Vicky Krieps). Y esto se muestra por excelente narración audiovisual desde la primera secuencia, en la que seguimos a Reynolds asearse y vestirse de manera neurótica en un rápido montaje de primeros planos.

Acompañados por una persistente y desasosegante banda sonora, gran trabajo de Jonny Greenwood, conocemos a un caballero de pocas palabras que no ve en sus modelos sino formas, y en todo aquello que emita ruidos o estímulos externos mientras él trabaja, distracciones molestas e imperdonables.



Cuando abandona su taller y se desplaza a la campiña, se muestra en el campo y en el restaurante en el que trabaja Alma como un avezado observador. En su primera noche no hará sino probarle ropajes hasta intempestivas horas de la madrugada, y una vez ella se instale en su casa y la de su hermana proseguirá con sus manías sin darle el más mínimo acuse de recibo. En una actitud extrema, pero sincera, Reynolds demuestra que su filosofía no se sustenta tanto en el acabado final como en el proceso.

La película no versa sobre moda, pero sí que filma la disciplina del modisto con unos recursos audiovisuales tan sobrios y refinados como los trajes que cosen en Casa Woodcock. Y su puesta en escena del romance nuclear y de la batalla emocional entre ambos protagonistas se hace mediante esta actitud de Reynolds, que pese a estar obsesionado por Alma procura en todo momento hacerla ver que es su modelo, un personaje que se halla en un segundo plano frente a la importancia del arte y la belleza que deben, por fuerza, tener sus vestidos, creados en un proceso que no permite el azar, el error o la torpeza. Y esta precisión se refleja tanto en las puntadas como en las obsesivas

melodías de cuerda o las tomas en movimiento y encuadres cambiantes. El filme no es ya bonito para exhibirse, sino que su dimensión formal enriquece la descripción de sus personajes, que son en última instancia los que ocupan las primeras prioridades de Paul Thomas Anderson. Una película sencilla en el núcleo de su narración, pero compleja en la estructuración de las capas de la misma.

Supremacía silenciosa

Conforme concluye la presentación pronto descubrimos que el guión es en realidad un cuento de romance gótico en el que ambos amantes poseen caracteres muy fuertes y no se dejan dominar por el otro. Pero muestran sus intenciones no desde la violencia o explosivas manifestaciones, sino desde el contenido y malicioso silencio. Y la gran virtud de esta película es descubrir cómo, pese a la impactante presencia que Reynolds ostenta en la sinopsis, material promocional e introducción del filme, Anderson va girando progresivamente el foco hacia la roma pero fascinante Alma. Y siempre en un segundo plano, pero de manera eminente, el espectador podrá percibir como Alma también actúa en base a propios intereses muy pensados desde el minuto 1 en que la conocemos, atendiendo a Reynolds en un restaurante de provincias.



Según Alma y Reynolds llegan por vez primera al hogar de este, dónde lo primero que precisa hacer es tomarle medidas, Alma acata pero visiblemente discon-

forme. Aun cuando Cyril la avasalla según la conoce olisqueando su perfume sin discreción, Alma acepta permanecer en segundo plano pero siempre sin perder su posición. No en vano, será la primera en hacerse un hueco en el hogar y rutina de los Woodcock sin que se la cuestione. Sólo ella, aun siendo reñida al hacer ruido o procurar modificar la agenda de Reynolds, se saldrá con la suya, y logrará hacerse con Reynolds forzándole a permanecer en cama inhabilitado del oficio mediante un procedimiento poco ortodoxo que ambos acabarán por aceptar: envenenarle con setas. Un motivo visual y argumental muy diferente al cine de corte y costura burgués británico que aparentaban ser los primeros compases del filme pero que, una vez sucede, aceptamos de pleno por la integración armónica de ambos tonos a partir del discurrir del relato.

Y lo que en primera instancia parece un coqueteo con el horror, es sólo un ardid narrativo para trazar sin empalagues el más sentido romance. Y sirve para, al llegar a la conclusión, trastoque de nuevo las expectativas de la audiencia. Pues no sólo no asesina Alma a Reynolds, sino que permite que este descubra su perverso secreto para romper esa última barrera que impedía que el a la postre matrimonio funcionara en su plenitud.

Y la suma de este registro justo con la elegancia del trabajo del modisto y lo marcado y seductor de la personalidad de sus adustos protagonistas logra que, pese a esta frialdad y dureza, acepte el romance como algo hermoso e, incluso, con conmoción. Es difícil que no salten las lágrimas cuando Alma fríe su tortilla anegada de setas.

Riendas femeninas

En esta era tan marcada por la corrección política y la lucha por la normalización institucional de la igualdad de razas y géneros, resulta curioso observar cómo,

pese a la siempre impactante presencia de Day-Lewis, el dominio último de los escenarios de la diégesis está marcado por sus personajes femeninos. Aun siendo Reynolds el personaje que más foco acapara y que más antipatía acumula, su fuerza es sólo un primer nivel al que el espectador accede al iniciar el filme.



Cómo ha quedado extensamente desarrollado en el punto previo, pese al empeño de Reynolds de mostrarse en sociedad como una personalidad avasalladora que hace y deshace a placer, es Alma la que le ata en corto en el terreno personal de las emociones. Su manera pueril y aldeana de pretender halagarle y buscar el placer conjunto le incomoda pero, por mucho que lo intente, no puede dejarle indiferente. Cuanto más se le resiste, más le fascina, y cuando la enfermedad le retiene en el hogar es cuando más intensa y pacíficamente la ama.

Y en el terreno profesional, la bestia del filme no es Reynolds: es la impresionante y gélida Cyril, interpretada deliciosamente por Lesley Manville, el mayor descubrimiento que *El hilo invisible* tiene que ofrecer. Cyril maneja las cuentas, calcula los números y se relaciona con los clientes. Y si bien calla y observa, deja siempre marcado que si Reynolds decide entablar querrela, no dudará en destruirle. Conoce cómo piensa y se comporta mejor que él mismo, y sabe bien cuáles son sus debilidades. Y ni tan siquiera Alma, que

llegó modosita al hogar Reynolds para descubrirse como lobo con piel de cordero con ganas de arrasar con el cortijo.

Es esta la más jugosa de las enseñanzas del filme: por atractivo que sea ver a Day-Lewis de nuevo, del triunvirato principal, es Reynolds el personaje más débil. Siendo el protagonista y un personaje muy rico. Y de cara al cine que está por venir, es esta una enseñanza muy provechosa.

Conclusión

En definitiva, nos hallamos ante una película densa y exigente, en la que la correcta integración de las piezas del puzzle dificultará que sea recordada entre la audiencia como la obra maestra que, en última instancia, tampoco llega a ser.

Un buen sabor de boca después del evidente bajón en calidad que fue *Puro vicio*, y una película a la altura de la también desafiante *The master*. Una película que aun gozando de cierto éxito económico, reconocimiento en los galardones y aplauso crítico, quedará injustamente palidecida en el recuerdo por anfibios y anuncios en Misuri, lo cual sólo un macerado y taimado análisis con el paso del tiempo podrá revertir. Y aún con todo, no es la mejor película de Paul Thomas Anderson, quién aun habiendo contado ya, probablemente, sus mejores relatos, opta por seguir reinventándose.



Por esto mismo, desde esta plataforma servidor no puede sino recomendar encarecidamente a darle una oportunidad al filme, y que algunos lectores abandonen

el artículo ansiosos de descubrir esta obra. Hasta entonces, desde El puente rojo continuaremos desgranando los entresijos de las obras audiovisuales más sabrosas de nuestra contemporaneidad, ayudando a nuestros lectores a guiar la mirada.

Néstor Juez Rojo



Título original: *Phantom Thread*.

Año: 2017. **Duración:** 130 min.

Dirección: Paul Thomas Anderson

Guion: Paul Thomas Anderson

Música: Jonny Greenwood

Fotografía: Paul Thomas Anderson

Reparto: Daniel Day-Lewis, Vicky Krieps, Lesley Manville, Richard Graham, Bern Collaco, Jane Perry, Camilla Rutherford, Pip Phillips, Dave Simon, Ingrid Sophie Schram

Productora: Annapurna Pictures / Focus Features / Ghouardi Film Company. Distribuida por Universal Pictures

<http://www.universalpictures.co.uk/theatrical/phantom-thread>

<https://www.filmaffinity.com/es/film346983.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5776858/>

www.elpuenterojo.es